CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.

1	2	3	1	3	2	■	4	5	4	5
6	7	2	7	8	■	1	5	6	6	3
5	9	7	8	■	4	3	2	10	3	2
2	5	11	3	2	7	■	11	7	12	7
13	■	13	2	5	12	■	3	■	7 O	12 N
10	13	1	3	■	10	7	12	7	8	5
5	9	7	■	4	3	2	■	8	■	14
10	5	■	5	2	2	3	9	3	11	3
■	12	7	2	13	5	■	5	2	7	■
1	5	8	5	8	■	5	11	5	1	5
5	2	3	12	5	6	■	5	8	5	2







Verano/12

LLAMADA



(Por Vicente Verdú) Llegué a la oficina alrededor de las cinco, y algunas secretarias y empleados se arremolinaron. Una secretaria me dijo que habían llamado del club dos veces preguntando si me había dado un infarto. Estaban todas esperando a ver qué hacía. No supe qué decir. Peor aún, sonreí como si fuera tonto. Un tonto inmortal. Supongo que quise decir: ¿cómo han podido creer que a mí me diera un infarto?

Bastante vergonzoso. Ellos allí, esperando notarme algo, y yo queriendo hacer ver que no podrían notarme nada. En fin, parecían insistir en que si yo no estaba entubado, lo que era patente, algo de la noticia, por poco que fuera, tendría que ser cierto. Porque ¿cómo iban a llamar del club con una conclusión tan grave si no existiera un indicio? Esto parecía que estaban creyendo los de la oficina. Y no solamente ellos. Lo peor es que también estaba empezando a creerlo yo. No me sentía mal, pero era fácil enumerar algunos aspectos de mi vida entonces para comprender que merecía un achaque de este tipo. Precisamente eso debían de estar discurriendo las secretarias y los empleados.

Lo probable era que ya en esos días existiera un gran acuerdo sobre la idea de que me sobreviniera un ataque al corazón o algo por el estilo. El hecho de que no rechazaran la noticia cuando llamaron del club es una parte de la prueba. La otra parte se encontraba en la actitud con que me recibieron. Se palpaba el valor de la noticia y ese tono festivo que provocan las catástrofes por pequeñas que sean.

Las chicas sobre todo habían acomodado su cuerpo, especialmente la zona escapular, a la clase de molicie doliente que sigue a un mal suceso, y cuando llegué no les había dado tiempo a enderezarse. Sentí, pues, que violentaba sus emociones recientes y defraudaba así la porción de premio que suele acompañar a las desdichas repentinas. No tardé, pues, en comprender que les había estropeado el día. Habría resultado yo más seductor muerto que vivo, más cotizable en la penumbra de una unidad de vigilancia que volviendo al despacho y con la sucia digestión a cuestas.

Mi aspecto era poco más o menos igual al de un par de horas antes, y por ello mismo estaba hundido. Mi repetición del tipo anterior al almuerzo, ahora doblado por la falsa muerte, me convertía en algo vulgar. También molesto. Con mi vuelta menoscababa la expectación, y desde luego mi relumbre jerárquico, si lo tenía. Lo percibía en aquel grupo de empleados que perdían la expectación, pero también lo sentía en mí. Me había librado injustificadamente de la muerte. Todos estábamos desmoralizados.

Entré en mi despacho dispuesto ya a afrontar el desaliento cuando, sin querer, tropecé con otra idea peor: acaso la llamada del club no era en absoluto inocente. Constituía una acusación que se correspondía con el deplorable estado de mis asuntos personales. Otros compañeros, en efecto, habían sido víctimas de ataques mortales por razones menores o equivalentes. Parecía razonable, pues, que, tras la llamada del club, las secretarias me creyeran agonizando y les incomodara mi inmutada presencia más tarde.

Yo creo que sintieron repugnancia. De hecho, a una altura de la biografía el cuerpo adulto sólo se acepta por la intercesión de la enfermedad. Mediante la ascendencia de algún dolor o concepto de dolor que, enalteciendo la carne, atenúe sus deformidades. La repulsión que ahora sentían hacia un cuerpo como el mío era el correlato a la falta de enfermedad. Una repulsión hacia un cuerpo abrupto y sin la dignidad de la dolencia. Ilegítimamente liberado del infarto.

Claramente, aquel suceso había aminorado mi categoría. ¿Totalmente? ¿En una mitad? No sabía, pero se trataba de algo muy grave y no hallaba modo de paliarlo. Me llevé las manos a la cabeza, estaba indefenso.

Y, como digo, no era todo. Más allá de haber arruinado mi prestigio en un par de horas, el episodio podía esconder todavía algo peor. ¿Cómo no pensar, por ejemplo, que se tratara de una operación urdida contra mí y con el deseo de hacerme daño? Un par de personas al menos podían creer, en esa época, que su vida sería mejor sin la mía. ¿Se trataba, pues, de una noticia que buscaba cumplirse? ¿De una amenaza?

Hasta entonces no había pasado realmente nada, pero tampoco se trataba de un sueño. La mención de mi infarto y sus causas había sido ya compartida por algunos. Mi fin se había experimentado y trasegado. Alguien o algunos poseían ya la experiencia de mi vida convertida en residuo. Y yo, a la vez, comenzaba a saber que estaba irremediablemente consumido. Vaciado del secreto de mi muerte, y por ello impedido para mentir o simular. Excluido de la opción para ser otro. Me vi, pues, acabado. Entendí que mis enemigos ganaban, y que no le faltaba razón a su victoria. Un infarto verdadero habría impedido su conjura. Este simulacro, doblado de vacuidad, terminaba con mi futuro. Acepté como inevitable que poco a poco todo esto se fuera sabiendo entre la gente. No podía detenerlo. Al año me despidieron de la empresa.

Finalmente sobrevivo gracias a una enfermedad incurable.

Por David Leavitt

Dos hermanas y un hermano estaban sentados ante una mesa de cocina viendo "Hospital General" en la televisión.

¿Mónica es buena o mala?, preguntó la más pequeña de las hermanas, una niña de seis años.

No lo sé, dijo el hermano, que acababa de regresar de unos cursillos de verano para chicos a punto de ingresar en la universidad.

Callaos, callaos, no me dejáis oír, dijo la hermana mayor, ahuyentando con un gesto una mosca atraída por su piel húmeda.

Creo que primero era mala, luego fue buena, pero ahora vuelve a ser mala, dijo la mujer de la limpieza, que había seguido con atención la serie desde sus principios.

La hermana pequeña se levantó y atravesó corriendo toda la casa hasta la habitación de su madre, jugando mientras corría a un juego que se había inventado y que incluía vueltas de campana y giros sobre sí misma.

La madre también estaba viendo "Hospital General" mientras pedaleaba en su bicicleta fija.

La niña volvió a preguntar: ¿Mónica es buena o mala?

No lo sé, dijo la madre, empujando hacia adelante y hacia atrás el manillar de la bicicleta para fortalecer los músculos. Nunca lo sé.

En la pantalla, Mónica y Lesley discutían acerca de Rick.

Sonó un despertador y salieron unos anuncios. La madre se bajó de la bicicleta, se sentó ante el tocador y empezó a cepillarse el pelo. Se lo había hecho cortar por un peluquero especializado en señoras sometidas a tratamiento. Al pasarse el peine, éste levantaba los diferentes mechones y se veían las zonas de calvicie que el peluquero había disimulado.

¿Quieres venir conmigo al centro de radioterapia?, le preguntó la madre a la hija.

Nooo, prefiero ver la tele, dijo la hija. Pero Bear e Ivy irán, nunca han estado allí.

No, dijo la madre, no han estado. Se pintó los labios y luego se quitó el exceso de pintura dándose toquecitos con un kleenex.

Niños, ¿estáis a punto?, preguntó la madre al entrar en la cocina.

Sí, estamos a punto, dijo la hija mayor.

No olvidéis poneros los zapatos, dijo la madre.

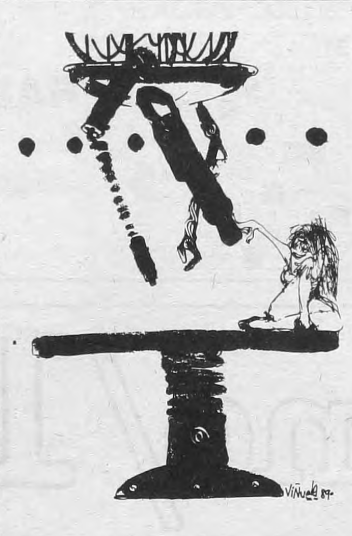
La hermana mayor miró a su hermano y le hizo una mueca, hundiendo las mejillas y retorciendo la lengua..., una habilidad que seis de cada siete personas poseen. Luego se tocó la punta de la nariz con la punta de la lengua, sonrió y dijo con voz de falsete. Sí, mamá querida.

En el coche, el hijo, a quien llamaban Bear, se tumbó en el asiento de atrás. Su hermana, que estaba siendo sometida a un tratamiento de psicoterapia para complementar su formación de psicoterapeuta, comenzó a explicar que a menudo las personas que en su infancia han tenido una relación anormalmente estrecha con sus padres son incapaces de despegarse de ellos cuando llegan a la edad adulta. Por consiguiente, liberan su propio impulso agresivo mediante frecuentes "rebeliones", incluso siendo personas ya mayores, en lugar de relajarse y decirse mis padres son de este modo y los acepto tal como son. Y ésta es la razón, continuó explicando la hermana, por la que su mejor y más antigua amiga, Katie, hizo lo que hizo.

Lo que hizo fue representar toda la comedia de una boda en toda regla con su novio, cuando en realidad ni siquiera habían sacado la licencia de matrimonio.

Además, la ceremonia había sido de lo más discutible, con todos esos votos mutuos que ambos hicieron de amarse, cuidarse y estar siempre a punto para follar al otro.

Así que, como veis, terminó diciendo la hija, es una situación muy complicada cuando se la mira desde el punto de vista psicológico.



La madre no lo veía de ese modo. Afirmaba que se trataba de una acción vil hecha por una chica vil. Razonaba diciendo que Keith, el padre de Katie, su *padre*, se estaba muriendo y quería ver casada a su hija antes de dejar este mundo. ¿Acaso era mucho pedir? Siempre he sabido que Katie era una serpiente, dijo la madre, una egoísta decidida a salirse con la suya.

La hija se removió en el asiento y sacó de nuevo la lengua. Es más complicado que eso, volvió a decir. No veo nada complicado en ello, dijo la madre.

Oye, dijo la hija, ya sabes a lo que me refiero.

Mientras hablaba, jugueteaba con el dispositivo eléctrico para abrir y cerrar automáticamente la ventanilla.

Oye, dijo, Corinne siente algo así como unos extraños...

No juegues con el botón de la ventanilla, ya se ha estropeado una vez este año.

Corinne, repitió la hija, siente unos extraños celos de Keith.

Corinne era la mujer de Keith y se estaba sacando, a sus años, el doctorado en filosofía.

¡Celosa!, dijo la madre, ¡celosa de un moribundo! No puede esperar a que...

¡Oye! La hija empezó a juguetear con el cinturón de seguridad. Corinne casi preferiría ser ella la que se está muriendo, porque se cree mucho más desgraciada que Keith y quiere justificar su propio sufrimiento. Creo que en el fondo está contenta de que Katie y Evan no se casaran, aunque no quiere reconocerlo.

No me convences, dijo la madre. Corinne también es una serpiente. ¡Celosa! Si tuviera celos no estaría deseando casarse con tu padre:

¿Qué?

El hijo, que estaba echado en el asiento, se sentó.

¿Qué?, preguntó de nuevo.

No, nada, Bear, contestó la hija.

Vamos, Ivy, Bear ya es mayor, dijo la madre. He hecho este comentario, Bear, porque una vez Corinne se emborrachó y le dijo a tu padre que cuando yo me muriera y Keith se muriera, ellos dos podrían casarse.

El hijo lanzó una risita nerviosa, tal vez de alivio.

Y no se te ocurra comentárselo a nadie, dijo la madre, y menos a tu hermana pequeña.

Claro que no, dijo el chico, no diré nada.

En ese momento llegaron al centro de radioterapia, que era nuevo y moderno y estaba situado en los sótanos. Bajaron en ascensor y se encontraron en una sala de espera elegante y de grandes proporciones con las paredes tapizadas de moqueta.

¡Caramba!, dijo la hermana.

¿Verdad que es bonito?, dijo la madre precediéndoles a través de la sala. Todo era bonito. Las mesas tenían insertados unos tableros de backgammon y de ajedrez. En las paredes colgaban cuadros de Folon, O'Keeffe y Weyth. Había libros y revistas, juguetes y puzzles para los niños. Los colores que dominaban eran brillantes y alegres, pero no tanto como para que pudieran ofender a los moribundos, pues para la decoración el arquitecto había consultado a un conocido especialista en personas en trance de morir.

¿Verdad que es bonito, Bear?, dijo la madre. Mira aquel cristal. Al otro lado es donde hacen el tratamiento.

Detrás de un amplio panel de vidrio, mucho mayor que una ventana normal, el hijo vio una mesa de reconocimiento lisa y de color plateado que parecía muy fría. Se elevaba como una isla en el centro de la habitación. Sobre ella colgaba del techo una máquina grandiosa que apuntaba hacia la mesa como si fuese una ametralladora.

Se acercaron a un mostrador detrás del cual se hallaba sentada la enfermera.

Hola, Joanne, le dijo la madre a la enfermera.

Me alegro de verte, Gretl, dijo la enfermera. ¿Son tus hijos?

Ya lo creo, dijo la madre. Esta es Ivy y éste es George, pero le llamamos Bear.

Tu madre nos ha hablado mucho de ti, guapo, le dijo la enfermera al chico. ¿Y cómo son los nuevos muebles para el jardín? ¿Ya los habéis recibido?

Ya lo creo, dijo la madre. Son preciosos, pero ya se sabe que los muebles que se dejan a la intemperie se estropean siempre. Estoy convencida de que no van a durar más de un año.

Pues Frank y yo, dijo la enfermera, hace ya tres años que tenemos los mismos muebles de jardín. ¿Dónde habéis comprado los vuestros?

El hijo se desentendió de la conversación para observar a un hombre mayor que salía de uno de los pequeños vestuarios dispuestos en hilera. Mientras, su hermana le observaba a él. El hombre de edad se había puesto una bata blanca abrochada por detrás con unas cintas. Seguía calzando sus zapatos negros de hombre de negocios y llevaba calcetines cortos también negros; las piernas se le veían blancas y delgadas. Después de cargar con parsimonia su pipa, se sentó en una esquina a leer la revista *Time*.

A poca distancia, dos niñas pequeñas jugaban a "la escalera". El chico recordó que su hermana menor le había dicho que en el centro de radioterapia siempre había con quienes jugar.

Lurene ha estado preguntando por ti, dijo la enfermera. Qué lástima que no os hayáis encontrado.

Lurene era un personaje del cual el hijo había oído hablar, pues formaba parte del monólogo que su madre sostenía a la hora de cenar contándoles su vida en el centro de radioterapia. Era una telefonista ya anciana que padecía la misma enfermedad que su madre, aunque sólo en un estadio inicial, y estaba asustada porque los médicos emitían contradictorios diagnósticos. Pero la madre se impuso, la tomó bajo su protección, le hizo ver las cosas claras y se puso como ejemplo de que era posible sobreponerse a ello y seguir viviendo.

Ahora Lurene veía las cosas claras.

La madre se había metido en uno de aquellos cubículos para cambiarse, de modo que los hermanos se sentaron. El hermano cogió un ejemplar de *Highlights*; la hermana se dedicó a chuparse un mechón de sus cabellos.

Animo, Bear, dijo la hermana.

El hijo dejó la revista.

Lo que pasa es que no me gusta este sitio. Y ella finge que está contenta, ¿por qué quiere hacernos creer que le gusta venir aquí?

La gente se enfrenta a sus problemas de maneras muy distintas, dijo la hermana tratando de no sonar demasiado santurrona.

No sé, dijo el hermano. Creo que me encontraré mejor cuando papá vuelva a casa. Todo va mejor cuando él está en casa.

Cogió de nuevo la revista y empezó a leer la columna de "Goofus and Gallant".

Bear, dijo la hermana, ¿te preocupa lo que dijo Corinne?

Sí, no; creo que sí, dijo el hermano. No lo sé. Sólo puedo pensar en que ella le pagó a él los estudios en la universidad. Se pasaba los trescientos sesenta y cinco días del año soldando barcos de guerra para que él pudiera acabar la universidad. Ojalá él no tuviera que viajar tanto.

El chico volvió a sumirse en la revista.

Ya sabes que tienen problemas, Bear, dijo la hermana, problemas gordos. Se ponen furiosos el uno con el otro, pero estar furioso no quiere decir odiarse, Bear.

No es como si mamá se fuera a morir dentro de un año, dijo el hermano desde detrás de la revista, pero Corinne intenta que mamá se ponga más enferma de lo que está.

Bear...

No lo digas, Ivy, dijo el hermano levantándose. Crees saber muchas cosas. Yo he vivido con ellos, y él la quiere, más de lo que te imaginas, ¿quizá más de lo que él mismo se imagina. Te lo digo porque lo he visto. Hay cosas que ninguno de nosotros sabemos, cosas que tú no...

Bear, ¿cuándo vas a enfrentarte al hecho...?

Pero él le había vuelto la espalda.

La madre salió del cubículo cubierta con una bata blanca y mostrando una gran sonrisa.

El último grito de la moda, dijo en broma haciendo una pirueta. El hijo se echó a reír. La bata quedaba entreabierta por la espalda y a través de esa abertura el hijo vio las piernas delgadas, el sujetador y unas bragas grandes y floreadas.

La madre pasó al otro lado del panel de cristal y se sentó en la mesa. El hijo se acercó para observarla. Le pareció verla sobresaltarse cuando su piel tocó el frío metal. En una esquina de la habitación había un técnico que accionaba los mandos.



David Leavitt, 28 años, es más conocido por "Mi generación, un virtual manifiesto de los jóvenes de esta década", que por sus textos de ficción. Hace un año, en España, se publicó su novela, "El lenguaje perdido de las grúas". Este cuento, en el que reaparecen varias de sus obsesiones (el cáncer, las familias deshechas), pertenece a su primer libro de relatos, no casualmente titulado "Baile en familia".



RADIACIO

RADIACION

Por David Leavitt



Dos hermanas y un hermano estaban sentados ante una mesa de cocina viendo "Hospital General" en la televisión.

¿Mónica es buena o mala?, preguntó la más pequeña de las hermanas, una niña de seis años.

No lo sé, dijo el hermano, que acababa de regresar de unos cursillos de verano para chicos a punto de ingresar en la universidad.

Callaos, callaos, no me dejáis oír, dijo la hermana mayor, ahuyentando con un gesto una mosca atraída por su piel húmeda.

Creo que primero era mala, luego fue buena, pero ahora vuelve a ser mala, dijo la mujer de la limpieza, que había seguido con atención la serie desde sus principios.

La hermana pequeña se levantó y atravesó corriendo toda la casa hasta la habitación de su madre, jugando mientras corría a un juego que se había inventado y que incluía vueltas de campana y giros sobre sí misma.

La madre también estaba viendo "Hospital General" mientras pedaleaba en su bicicleta fija.

La niña volvió a preguntar: ¿Mónica es buena o mala?

No lo sé, dijo la madre, empujando hacia adelante y hacia atrás el manillar de la bicicleta para fortalecer los músculos. Nunca lo sé.

En la pantalla, Mónica y Lesley discutían acerca de Rick.

Sonó un despertador y salieron unos anuncios. La madre se bajó de la bicicleta, se sentó ante el tocador y empezó a cepillarse el pelo. Se lo había hecho cortar por un peluquero especializado en señoras sometidas a tratamiento. Al pasarse el peine, éste levantaba los diferentes mechones y se veían las zonas de calvicie que el peluquero había disimulado.

¿Quieres venir conmigo al centro de radioterapia?, le preguntó la madre a la hija.

Nooo, prefiero ver la tele, dijo la hija. Pero Bear e Ivy irán, nunca han estado allí.

No, dijo la madre, no han estado. Se pintó los labios y luego se quitó el exceso de pintura dándose toquecitos con un kleenex.

Niños, ¿estáis a punto?, preguntó la madre al entrar en la cocina.

Sí, estamos a punto, dijo la hija mayor.

No olvidéis poneros los zapatos, dijo la madre.

La hermana mayor miró a su hermano y le hizo una mueca, hundiendo las mejillas y retorciendo la lengua..., una habilidad que seis de cada siete personas poseen. Luego se tocó la punta de la nariz con la punta de la lengua, sonrió y dijo con voz de falsete. Sí, mamá querida.

En el coche, el hijo, a quien llamaban Bear, se tumbó en el asiento de atrás. Su hermana, que estaba siendo sometida a un tratamiento de psicoterapia para complementar su formación de psicoterapeuta, comenzó a explicar que a menudo las personas que en su infancia han tenido una relación anormalmente estrecha con sus padres son incapaces de despegarse de ellos cuando llegan a la edad adulta. Por consiguiente, liberan su propio impulso agresivo mediante frecuentes "rebeliones", incluso siendo personas ya mayores, en lugar de relajarse y decirse mis padres son de este modo y los acepto tal como son. Y ésta es la razón, continuó explicando la hermana, por la que su mejor y más antigua amiga, Katie, hizo lo que hizo.

Lo que hizo fue representar toda la comedia de una boda en toda regla con su novio, cuando en realidad ni siquiera habían sacado la licencia de matrimonio.

Además, la ceremonia había sido de lo más discutible, con todos esos votos mutuos que ambos hicieron de amarse, cuidarse y estar siempre a punto para follar al otro.

Así que, como veis, terminó diciendo la hija, es una situación muy complicada cuando se la mira desde el punto de vista psicológico.

La madre no lo veía de ese modo. Afirmaba que se trataba de una acción vil hecha por una chica vil. Razonaba diciendo que Keith, el padre de Katie, su *padre*, se estaba muriendo y quería ver casada a su hija antes de dejar este mundo. ¿Acaso era mucho pedir? Siempre he sabido que Katie era una serpiente, dijo la madre, una egoísta decidida a salirse con la suya.

La hija se removió en el asiento y sacó de nuevo la lengua. Es más complicado que eso, volvió a decir. No veo nada complicado en ello, dijo la madre.

Oye, dijo la hija, ya sabes a lo que me refiero.

Mientras hablaba, jugueteaba con el dispositivo eléctrico para abrir y cerrar automáticamente la ventanilla.

Oye, dijo, Corinne siente algo así como unos extraños...

No juegues con el botón de la ventanilla, ya se ha estropeado una vez este año.

Corinne, repitió la hija, siente unos extraños celos de Keith.

Corinne era la mujer de Keith y se estaba sacando, a sus años, el doctorado en filosofía.

¡Celosa!, dijo la madre, ¡celosa de un moribundo! No puede esperar a que...

¡Oye! La hija empezó a juguetear con el cinturón de seguridad. Corinne casi preferiría ser ella la que se está muriendo, porque se cree mucho más desgraciada que Keith y quiere justificar su propio sufrimiento. Creo que en el fondo está contenta de que Katie y Evan no se casaran, aunque no quiere reconocerlo.

No me convences, dijo la madre. Corinne también es una serpiente. ¡Celosa! Si tuviera celos no estaría deseando casarse con tu padre:

¿Qué?

El hijo, que estaba echado en el asiento, se sentó.

¿Qué?, preguntó de nuevo.

No, nada, Bear, contestó la hija.

Vamos, Ivy, Bear ya es mayor, dijo la madre. He hecho este comentario, Bear, porque una vez Corinne se emborrachó y le dijo a tu padre que cuando yo me muriera y Keith se muriera, ellos dos podrían casarse.

El hijo lanzó una risita nerviosa, tal vez de alivio.

Y no se te ocurra comentárselo a nadie, dijo la madre, y menos a tu hermana pequeña.

Claro que no, dijo el chico, no diré nada.

En ese momento llegaron al centro de radioterapia, que era nuevo y moderno y estaba situado en los sótanos. Bajaron en ascensor y se encontraron en una sala de espera elegante y de grandes proporciones con las paredes tapizadas de moqueta.

¡Caramba!, dijo la hermana.

¿Verdad que es bonito?, dijo la madre precediéndoles a través de la sala. Todo era bonito. Las mesas tenían insertados unos tableros de backgammon y de ajedrez. En las paredes colgaban cuadros de Folon, O'Keeffe y Weyth. Había libros y revistas, juguetes y puzzles para los niños. Los colores que dominaban eran brillantes y alegres, pero no tanto como para que pudieran ofender a los moribundos, pues para la decoración el arquitecto había consultado a un conocido especialista en personas en trance de morir.

¿Verdad que es bonito, Bear?, dijo la madre. Mira aquel cristal. Al otro lado es donde hacen el tratamiento.

Detrás de un amplio panel de vidrio, mucho mayor que una ventana normal, el hijo vio una mesa de reconocimiento lisa y de color plateado que parecía muy fría. Se elevaba como una isla en el centro de la habitación. Sobre ella colgaba del techo una máquina grandiosa que apuntaba hacia la mesa como si fuese una ametralladora.

Se acercaron a un mostrador detrás del cual se hallaba sentada la enfermera.

Hola, Joanne, le dijo la madre a la enfermera.

Me alegro de verte, Gretl, dijo la enfermera. ¿Son tus hijos?

Ya lo creo, dijo la madre. Esta es Ivy y éste es George, pero le llamamos Bear.

Tu madre nos ha hablado mucho de ti, guapo, le dijo la enfermera al chico. ¿Y cómo son los nuevos muebles para el jardín? ¿Ya los habéis recibido?

Ya lo creo, dijo la madre. Son preciosos, pero ya se sabe que los muebles que se dejan a la intemperie se estropean siempre. Estoy convencida de que no van a durar más de un año.

Pues Frank y yo, dijo la enfermera, hace ya tres años que tenemos los mismos muebles de jardín. ¿Dónde habéis comprado los vuestros?

El hijo se desentendió de la conversación para observar a un hombre mayor que salía de uno de los pequeños vestuarios dispuestos en hilera. Mientras, su hermana le observaba a él. El hombre de edad se había puesto una bata blanca abrochada por detrás con unas cintas. Seguía calzando sus zapatos negros de hombre de negocios y llevaba calcetines cortos también negros; las piernas se le veían blancas y delgadas. Después de cargar con parsimonia su pipa, se sentó en una esquina a leer la revista *Time*.

A poca distancia, dos niñas pequeñas jugaban a "la escalera". El chico recordó que su hermana menor le había dicho que en el centro de radioterapia siempre había con quienes jugar.

Lurene ha estado preguntando por ti, dijo la enfermera. Qué lástima que no os hayáis encontrado.

Lurene era un personaje del cual el hijo había oído hablar, pues formaba parte del monólogo que su madre sostenía a la hora de cenar contándoles su vida en el centro de radioterapia. Era una telefonista ya anciana que padecía la misma enfermedad que su madre, aunque sólo en un estadio inicial, y estaba asustada porque los médicos emitían contradictorios diagnósticos. Pero la madre se impuso, la tomó bajo su protección, le hizo ver las cosas claras y se puso como ejemplo de que era posible sobreponerse a ello y seguir viviendo.

Ahora Lurene veía las cosas claras.

La madre se había metido en uno de aquellos cubículos para cambiarse, de modo que los hermanos se sentaron. El hermano cogió un ejemplar de *Highlights*; la hermana se dedicó a chuparse un mechón de sus cabellos.

Animo, Bear, dijo la hermana.

El hijo dejó la revista.

Lo que pasa es que no me gusta este sitio. Y ella finge que está contenta, ¿por qué quiere hacernos creer que le gusta venir aquí?

La gente se enfrenta a sus problemas de maneras muy distintas, dijo la hermana tratando de no sonar demasiado santurrona.

No sé, dijo el hermano. Creo que me encontraré mejor cuando papá vuelva a casa. Todo va mejor cuando él está en casa.

Cogió de nuevo la revista y empezó a leer la columna de "Goofus and Gallant".

Bear, dijo la hermana, ¿te preocupa lo que dijo Corinne?

Sí, no; creo que sí, dijo el hermano. No lo sé. Sólo puedo pensar en que ella le pagó a él los estudios en la universidad. Se pasaba los trescientos sesenta y cinco días del año soldando barcos de guerra para que él pudiera acabar la universidad. Ojalá él no tuviera que viajar tanto.

El chico volvió a sumirse en la revista.

Ya sabes que tienen problemas, Bear, dijo la hermana, problemas gordos. Se ponen furiosos el uno con el otro, pero estar furioso no quiere decir odiarse, Bear.

No es como si mamá se fuera a morir dentro de un año, dijo el hermano desde detrás de la revista, pero Corinne intenta que mamá se ponga más enferma de lo que está.

Bear...

No lo digas, Ivy, dijo el hermano levantándose. Crees saber muchas cosas. Yo he vivido con ellos, y él la quiere, más de lo que te imaginas, quizá más de lo que él mismo se imagina. Te lo digo porque lo he visto. Hay cosas que ninguno de nosotros sabemos, cosas que tú no...

Bear, ¿cuándo vas a enfrentarte al hecho...?

Pero él le había vuelto la espalda.

La madre salió del cubículo cubierta con una bata blanca y mostrando una gran sonrisa.

El último grito de la moda, dijo en broma haciendo una pirueta. El hijo se echó a reír. La bata quedaba entreabierta por la espalda y a través de esa abertura el hijo vio las piernas delgadas, el sujetador y unas bragas grandes y floreadas.

La madre pasó al otro lado del panel de cristal y se sentó en la mesa. El hijo se acercó para observarla. Le pareció verla sobresaltarse cuando su piel tocó el frío metal. En una esquina de la habitación había un técnico que accionaba los mandos.

Una vez, dos veces, la oscura máquina pasó sobre el cuerpo de la madre con un amplio movimiento. La madre tenía que permanecer completamente inmóvil. Era imposible distinguir la milagrosa radiación abrasadora que hacía que los bultos se redujeran.

Me gustaría saber cómo funciona, dijo la hermana. Pero su hermano no la escuchaba. Tenía la cara aplastada contra el cristal y estaba recordando las historias que su madre solía contarle, seguramente para angustiarle. Acerca del chico que durante un año entero le estuvo robando el almuerzo en el colegio; acerca del doctor que según le dijeron sólo iba a examinarla y en lugar de eso la tumbó a la fuerza en la mesa del comedor y le quitó las amígdalas; acerca del perro que ella tuvo de recién casada, el perro llamado Brownie que un vecino chiflado envenenó sin razón alguna, y que por eso cuando eran pequeños no les permitió tener un perro. Y el hijo recordó asimismo que el año pasado ella le dijo a su padre que quizá lo acompañaría a Italia esa vez, pero el padre, cuando estuvieron a solas, le dijo que no, que no quería que fuera con él a Italia, y ella contestó está bien, está bien, me va muy bien, me quedaré aquí. Tengo la piscina, mis amigos, todo cuanto necesito, y cuando se lo contó al hijo le dijo ni hablar de decirle a tu padre que te lo he contado, todavía conservo algo de orgullo.

No, pensó el hijo, mejor era recordar las otras historias, las que ella le contaba cuando estaba un poco bebida o se sentía feliz. Historias de los muelles donde había estado soldando. Yo era la mejor de mi división, le había dicho, pero como era una mujer, nunca me subieron el sueldo. Hoy en día, habría protestado.

Luego se había puesto a diseñar uniformes para mujeres soldadoras. En los sindicatos había muchos chanchullos. Los trabajadores italianos le cambiaban los bocadillos de berenjena calientes que sus mujeres les preparaban en el ghetto por las tostadas con atún que ella llevaba. Y el hijo comprendía que la deseaban al verla con su ajustado mono de metalúrgico.

Pero de eso hace ya mucho tiempo, solía terminar diciendo la madre.

¿Por qué no vuelves a soldar?

No podría. Soy demasiado vieja, Bear, estoy demasiado apegada a mi rutina.

La miró a través del cristal. La máquina volvió a pasar sobre ella. Al hijo le habría gustado tocarla a través del cristal, pero, naturalmente, no podía.

Ella seguía completamente inmóvil. El hijo oyó que su hermana hacía un ruido ahogado. Cuando se volvió, la vio doblada en dos con la mano sobre la boca y los ojos enrojecidos, tratando de dominar un ataque de llanto tan repentino como una tos. En la habitación se encendieron las luces normales, y la madre se levantó y salió.

¿Ya está?, preguntó el hijo.

Ya está, no hay nada más, es sencillísimo.

Tengo que ir al lavabo, dijo la hermana echando a correr.

Volvió al cabo de un rato; la madre se había vestido, y los tres se marcharon.

Cuando llegaron a casa, la hermana pequeña y la asistenta estaban viendo "El filo de la noche". Para mimar un poco a la niña, la asistenta le había permitido hacer bizcochos, de modo que la cocina estaba llena de cuencos, cuchillos y cazuelas grasientos y cubiertos de masa pegajosa.

April no sabe que Draper está vivo y ella se va a casar con Logan, dijo la hermana pequeña en tono excitado. Y van a secuestrar a Emily para conseguir el dinero de Kirk, sólo que Kirk no es Kirk sino Draper.

Oh, Dios mío, dijo la madre mirando lo sucia que estaba la cocina. Caray, te dije que no hicieras pasteles sin preguntármelo a mí primero. Tú cocinas y yo tengo que limpiar tus porquerías. No es justo, no es justo.

Hizo un gesto con los brazos dirigido a todos ellos, pero no supieron adivinar si era para apartarlos o para abrazarlos. Se los quedó mirando y su cara se desencajó como cuando tuvo la parálisis. Luego les volvió la espalda y salió corriendo hacia el vestíbulo. La oyeron sollozar.

Sus hijos estaban atónitos. Aunque se habían acostumbrado a que se enfadara a menudo con ellos, no estaban acostumbrados a verla llorar. Se quedaron allí sentados, y la hija pequeña se puso a canturrear en voz baja.

Es curioso que en los seriales las personas se mueren en un episodio y vuelven a aparecer en otro, dijo la niña.

Así en la tierra como en el cielo, contestó la asistenta.

Los otros dos guardaban silencio. El hijo, desoyendo las advertencias de su hermana, se dirigió a la habitación de su madre.

La puerta estaba cerrada, y él se quedó allí plantado durante lo que le pareció un tiempo muy largo. Finalmente, llamó, pero no recibió respuesta. Entonces abrió con cuidado la puerta. La madre yacía hecha un ovillo sobre la enorme cama y lloraba sin ruido; se la veía muy pequeña. El chico no se le acercó.

Mamá, dijo.

Ella no contestó. Ahora en lugar del llanto se oían suspiros.

Mamá, dijo otra vez.

La madre no levantó la cabeza. No pasa nada, Bear, estoy bien, consiguió decir.

En ese momento el hijo sintió deseos de abrazarla. Sin embargo, sabía que no podía hacerlo, porque lo retenía lo que siempre lo había retenido: ciertas normas que existían.

Espero que te encuentres mejor, mamá, dijo, y salió de la habitación.

La madre asintió con la cabeza. Se alegraba de que él se hubiera marchado, pues le fastidiaba tener que consolarle de sus propios sufrimientos.

Conocí a un marinero, cantó para sí misma, un marinero de un barco..., y pensó en su madre, que tenía demasiados hijos y apenas sabía inglés.

Se levantó despacito, se secó los ojos y se sonó. Después, de pie ante el espejo, se estiró con fuerza lo cortos cabellos, pero ni un solo pelo se movió de su sitio. Bien, pensó, tengo un día más. No obstante, tal vez seguiría el consejo del peluquero y se compraría una peluca. Era curioso cómo con el tiempo uno se acostumbraba incluso a los cambios más aterradores; cómo aun lo que costaba imaginar podía acabar siendo soportable.

Bueno, iba a encontrarse bien. Se excusaría y la cena transcurriría perfectamente. Vaya, si tan sólo hace cinco años se habría desmayado de dolor al sufrir las pruebas que ahora soportaba como parte de una rutina y casi sin parpadear. Habría vomitado al ver las cicatrices que cubrían su cuerpo. Habría llorado por miedo a la muerte. Pero eso se había acabado, ya no más.

Sin embargo, al mirarse en el espejo, recordó la joven rebelde que en otro tiempo había sido, y solamente se sintió apenada de no hallar en su interior fuerzas suficientes para portarse como una valiente.

* Bear *en inglés significa oso. (N. del T.).*

David Leavitt, 28 años, es más conocido por "Mi generación, un virtual manifiesto de los jóvenes de esta década", que por sus textos de ficción. Hace un año, en España, se publicó su novela, "El lenguaje perdido de las grúas". Este cuento, en el que reaparecen varias de sus obsesiones (el cáncer, las familias deshechas), pertenece a su primer libro de relatos, no casualmente titulado "Baile en familia".

VIÑUELA 89.

S.O.L
SOSTENIDO
EN LA COSTA

• En el Teatro Auditorium de Mar del Plata, sito en Rambla Casino, se presenta la obra teatral infantil **Pinocho, Pulgarcito en busca de Bella Durmiente,** de Cané-Covini, con la actuación de Eleonora Schawartz, Marcelo Trepat, Gustavo Gall, Gaby Minardi y Riki Martini. Las funciones se realizarán hasta el 12 de febrero, a las 19. Organizado por la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires.

• **Mamá**, pieza teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, y protagonizado por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. De martes a domingo, a las 21.30 y 23.30, en el Teatro Neptuno de Mar del Plata, sito en Santa Fe 1751.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo show humorístico **Perciavalle indestructible.** En el Teatro Lido de Mar del Plata, ubicado en Santa Fe 1751. De martes a sábado a las 21.15 Y 23.15.

• El grupo musical **Midachi** ofrece su espectáculo musical humorístico en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del Plata. De martes a domingo a las 21.45 y 23.45.

• **Soda Stereo** presenta hoy su disco *Doble vida* en el microestadio Superdomo de Mar del Plata ubicado en Juan B. Justo y Edison. A las 22.

• El actor Lorenzo Quinteros protagoniza la pieza teatral **El Resucitado**. En el Teatro Re-Fa-Si, ubicado en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22.

• La pieza teatral **Los mirasoles**, de Julio Sánchez Gardel, se presenta hoy en el Teatro Auditorium, Rambla Casino, Mar del Plata, con el auspicio de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires. Dirigida por Enrique Fava y con las actuaciones de Alberto Busaid, Rita Terranova, Erika Wallner y Tincho Zabala, entre otros. A las 21.30.

• **Yepeto**, obra teatral escrita por Roberto Cossa, con dirección general de Omar Grasso e interpretada por Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Flores. En el Teatro Colón de Mar del Plata, ubicado en Hipólito Yrigoyen 1665. De martes a domingo a las 21.30 Y 23.30.

• **Morochos de Ñuyor,** de Raúl Ramos y Héctor Giovine, protagonizada por Roberto Fiore y Elenco. En la Sala La Nona del Hotel Provincial de Mar del Plata. De miércoles a lunes a las 22.

• El varieté de posguerra de **Gambas al ajillo** y el Metatango de **Omar Viola** podrán verse hoy a las 23. En Oliverio Mate Bar, Avenida 3 y Paseo 105, Villa Gesell.

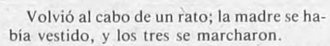
• **La banda elástica** presenta su música de miércoles a domingo a las 22. En el Teatro de las Estrellas de Mar del Plata, Colón y La Costa.

• **César Banana Pueyrredón** presenta hoy sus grandes éxitos. En el Teatro Oasis de Pinamar, Avenida Shaw, frente a la terminal. A las 22.

• **Teléfono medido**, la obra teatral de Beto Gianola e interpretada por Carlos Carella, se presenta de martes a domingo, a las 21.30 y 23. En el Teatro Re-Fa-Si 2 de Mar del Plata, Luro 2332.

• **Litto Nebbia** presenta los temas de su nuevo disco, *Buscando en los bolsillos del alma*. Auspiciado por la Subsecretaría de Cultura de la provincia de Buenos Aires, en el Teatro Auditorium de Mar del Plata, ubicado en la Rambla Casino. A las 23.30.

• En la Casa de la Cultura de Villa Gesell, ubicada en la Avenida 3 y Paseo 109, los mimos Pía Castro y Carlos Martínez presentan su espectáculo **Mimojuegos**. A las 20.



Una vez, dos veces, la oscura máquina pasó sobre el cuerpo de la madre con un amplio movimiento. La madre tenía que permanecer completamente inmóvil. Era imposible distinguir la milagrosa radiación abrasadora que hacía que los bultos se redujeran.

Me gustaría saber cómo funciona, dijo la hermana. Pero su hermano no la escuchaba. Tenía la cara aplastada contra el cristal y estaba recordando las historias que su madre solía contarle, seguramente para angustiarle. Acerca del chico que durante un año entero le estuvo robando el almuerzo en el colegio; acerca del doctor que según le dijeron sólo iba a examinarla y en lugar de eso la tumbó a la fuerza en la mesa del comedor y le quitó las amígdalas; acerca del perro que ella tuvo de recién casada, el perro llamado Brownie que un vecino chiflado envenenó sin razón alguna, y que por eso cuando eran pequeños no les permitió tener un perro. Y el hijo recordó asimismo que el año pasado ella le dijo a su padre que quizá lo acompañaría a Italia esa vez, pero el padre, cuando estuvieron a solas, le dijo que no, que no quería que fuera con él a Italia, y ella contestó está bien, está bien, me va muy bien, me quedaré aquí. Tengo la piscina, mis amigos, todo cuanto necesito, y cuando se lo contó al hijo le dijo ni hablar de decirle a tu padre que te lo he contado, todavía conservo algo de orgullo.

No, pensó el hijo, mejor era recordar las otras historias, las que ella le contaba cuando estaba un poco bebida o se sentía feliz. Historias de los muelles donde había estado soldando. Yo era la mejor de mi división, le había dicho, pero como era una mujer, nunca me subieron el sueldo. Hoy en día, habría protestado.

Luego se había puesto a diseñar uniformes para mujeres soldadoras. En los sindicatos había muchos chanchullos. Los trabajadores italianos le cambiaban los bocadillos de berenjena calientes que sus mujeres les preparaban en el ghetto por las tostadas con atún que ella llevaba. Y el hijo comprendía que la deseaban al verla con su ajustado mono de metalúrgico.

Pero de eso hace ya mucho tiempo, solía terminar diciendo la madre.

¿Por qué no vuelves a soldar?

No podría. Soy demasiado vieja, Bear, estoy demasiado apegada a mi rutina.

La miró a través del cristal. La máquina volvió a pasar sobre ella. Al hijo le habría gustado tocarla a través del cristal, pero, naturalmente, no podía.

Ella seguía completamente inmóvil. El hijo oyó que su hermana hacía un ruido ahogado. Cuando se volvió, la vio doblada en dos con la mano sobre la boca y los ojos enrojecidos, tratando de dominar un ataque de llanto tan repentino como una tos. En la habitación se encendieron las luces normales, y la madre se levantó y salió.

¿Ya está?, preguntó el hijo.

Ya está, no hay nada más, es sencillísimo.

Tengo que ir al lavabo, dijo la hermana echando a correr.



Volvió al cabo de un rato; la madre se había vestido, y los tres se marcharon.

Cuando llegaron a casa, la hermana pequeña y la asistenta estaban viendo "El filo de la noche". Para mimar un poco a la niña, la asistenta le había permitido hacer bizcochos, de modo que la cocina estaba llena de cuencos, cuchillos y cazuelas grasientos y cubiertos de masa pegajosa.

April no sabe que Draper está vivo y ella se va a casar con Logan, dijo la hermana pequeña en tono excitado. Y van a secuestrar a Emily para conseguir el dinero de Kirk, sólo que Kirk no es Kirk sino Draper.

Oh, Dios mío, dijo la madre mirando lo sucia que estaba la cocina. Caray, te dije que no hicieras pasteles sin preguntármelo a mí primero. Tú cocinas y yo tengo que limpiar tus porquerías. No es justo, no es justo.

Hizo un gesto con los brazos dirigido a todos ellos, pero no supieron adivinar si era para apartarlos o para abrazarlos. Se los quedó mirando y su cara se desencajó como cuando tuvo la parálisis. Luego les volvió la espalda y salió corriendo hacia el vestíbulo. La oyeron sollozar.

Sus hijos estaban atónitos. Aunque se habían acostumbrado a que se enfadara a menudo con ellos, no estaban acostumbrados a verla llorar. Se quedaron allí sentados, y la hija pequeña se puso a canturrear en voz baja.

Es curioso que en los seriales las personas se mueren en un episodio y vuelven a aparecer en otro, dijo la niña.

Así en la tierra como en el cielo, contestó la asistenta.

Los otros dos guardaban silencio. El hijo, desoyendo las advertencias de su hermana, se dirigió a la habitación de su madre.

La puerta estaba cerrada, y él se quedó allí plantado durante lo que le pareció un tiempo muy largo. Finalmente, llamó, pero no recibió respuesta. Entonces abrió con cuidado la puerta. La madre yacía hecha un ovillo sobre la enorme cama y lloraba sin ruido; se la veía muy pequeña. El chico no se le acercó.

Mamá, dijo.

Ella no contestó. Ahora en lugar del llanto se oían suspiros.

Mamá, dijo otra vez.

La madre no levantó la cabeza. No pasa nada, Bear, estoy bien, consiguió decir.

En ese momento el hijo sintió deseos de abrazarla. Sin embargo, sabía que no podía hacerlo, porque lo retenía lo que siempre lo había retenido: ciertas normas que existían.

Espero que te encuentres mejor, mamá, dijo, y salió de la habitación.

La madre asintió con la cabeza. Se alegraba de que él se hubiera marchado, pues le fastidiaba tener que consolarle de sus propios sufrimientos.

Conocí a un marinero, cantó para sí misma, un marinero de un barco..., y pensó en su madre, que tenía demasiados hijos y apenas sabía inglés.

Se levantó despacito, se secó los ojos y se sonó. Después, de pie ante el espejo, se estiró con fuerza lo cortos cabellos, pero ni un solo pelo se movió de su sitio. Bien, pensó, tengo un día más. No obstante, tal vez seguiría el consejo del peluquero y se compraría una peluca. Era curioso cómo con el tiempo uno se acostumbraba incluso a los cambios más aterradores; cómo aun lo que costaba imaginar podía acabar siendo soportable.

Bueno, iba a encontrarse bien. Se excusaría y la cena transcurriría perfectamente. Vaya, si tan sólo hace cinco años se habría desmayado de dolor al sufrir las pruebas que ahora soportaba como parte de una rutina y casi sin parpadear. Habría vomitado al ver las cicatrices que cubrían su cuerpo. Habría llorado por miedo a la muerte. Pero eso se había acabado, ya no más.

Sin embargo, al mirarse en el espejo, recordó la joven rebelde que en otro tiempo había sido, y solamente se sintió apenada de no hallar en su interior fuerzas suficientes para portarse como una valiente.

• Bear *en inglés significa oso. (N. del T.).*

S.O.L

SOSTENIDO EN LA COSTA

• En el Teatro Auditorium de Mar del Plata, sito en Rambla Casino, se presenta la obra teatral infantil **Pinocho, Pulgarcito en busca de Bella Durmiente,** de Cané-Covini, con la actuación de Eleonora Schawartz, Marcelo Trepat, Gustavo Gali, Gaby Minardi y Riki Martini. Las funciones se realizarán hasta el 12 de febrero, a las 19. Organizado por la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires.

• **Mamá**, pieza teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, y protagonizado por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. De martes a domingo, a las 21.30 y 23.30, en el Teatro Neptuno de Mar del Plata, sito en Santa Fe 1751.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo show humorístico **Perciavalle indestructible.** En el Teatro Lido de Mar del Plata, ubicado en Santa Fe 1751. De martes a sábado a las 21.15 Y 23.15.

• El grupo musical **Midachi** ofrece su espectáculo musical humorístico en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del Plata. De martes a domingo a las 21.45 y 23.45.

• **Soda Stereo** presenta hoy su disco *Doble vida* en el microestadio Superdomo de Mar del Plata ubicado en Juan B. Justo y Edison. A las 22.

• El actor Lorenzo Quinteros protagoniza la pieza teatral **El Resucitado**. En el Teatro Re-Fa-Si, ubicado en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22.

• La pieza teatral **Los mirasoles**, de Julio Sánchez Gardel, se presenta hoy en el Teatro Auditorium, Rambla Casino, Mar del Plata, con el auspicio de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires. Dirigida por Enrique Fava y con las actuaciones de Alberto Busaid, Rita Terranova, Erika Wallner y Tincho Zabala, entre otros. A las 21.30.

• **Yepeto**, obra teatral escrita por Roberto Cossa, con dirección general de Omar Grasso e interpretada por Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Flores. En el Teatro Colón de Mar del Plata, ubicado en Hipólito Yrigoyen 1665. De martes a domingo a las 21.30 Y 23.30.

• **Morochos de Ñuyor,** de Raúl Ramos y Héctor Giovine, protagonizada por Roberto Fiore y Elenco. En la Sala La Nona del Hotel Provincial de Mar del Plata. De miércoles a lunes a las 22.

• El varieté de posguerra de **Gambas al ajillo** y el Metatango de **Omar Viola** podrán verse hoy a las 23. En Oliverio Mate Bar, Avenida 3 y Paseo 105, Villa Gesell.

• **La banda elástica** presenta su música de miércoles a domingo a las 22. En el Teatro de las Estrellas de Mar del Plata, Colón y La Costa.

• **César Banana Pueyrredón** presenta hoy sus grandes éxitos. En el Teatro Oasis de Pinamar, Avenida Shaw, frente a la terminal. A las 22.

• **Teléfono medido**, la obra teatral de Beto Gianola e interpretada por Carlos Carella, se presenta de martes a domingo, a las 21.30 y 23. En el Teatro Re-Fa-Si 2 de Mar del Plata, Luro 2332.

• **Litto Nebbia** presenta los temas de su nuevo disco, *Buscando en los bolsillos del alma*. Auspiciado por la Subsecretaría de Cultura de la provincia de Buenos Aires, en el Teatro Auditorium de Mar del Plata, ubicado en la Rambla Casino. A las 23.30.

• En la Casa de la Cultura de Villa Gesell, ubicada en la Avenida 3 y Paseo 109, los mimos Pía Castro y Carlos Martínez presentan su espectáculo **Mimojuegos**. A las 20.







Gentileza Editorial De la Flor



JUEGOS

ENIGMA LOGICO

Bodega surtida

Nuestro tío Paco, gran aficionado a los vinos y licores, nos ha dado algunos datos muy interesantes. Descubra origen, tipo y color de cada bebida antes de perder la sobriedad.

1. El Tía María (de color marrón) y el Orgeat no son vinos; el Angélica, sí lo es.
2. El licor es de Jamaica.
3. El vino de mesa de Turquía no tiene color naranja.
4. El buzbag no es el jarabe ni el vino fortificado de suave color oro. Ninguna de estas tres bebidas proviene de Hungría.
5. El brandy se llama Barack Palinka.
6. La bebida francesa tiene un curioso color gris.

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		ORIGEN					TIPO					COLOR				
		EE.UU.	Francia	Hungría	Jamaica	Turquía	Brandy	Jarabe	Licor	Vino fortific.	Vino de mesa	Gris	Marrón	Naranja	Oro	Rojo
BEBIDA	Angélica															
	Barack P.															
	Buzbag															
	Orgeat															
	Tía María															
COLOR	Gris															
	Marrón															
	Naranja															
	Oro															
	Rojo															
TIPO	Brandy															
	Jarabe															
	Licor															
	Vino fortificado															
	Vino de mesa															

BEBIDA	ORIGEN	TIPO	COLOR

SOPA EN LATA

Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

ACEITE
ACEITUNAS
ANCHOAS
ARENQUES
BONITO
ESPARRAGOS
ESPINACAS
GUISANTES
JAMON
MEJILLONES
MELOCOTONES
PIMIENTOS
PIÑA
REFRESCOS
TOMATES

A	C	E	I	T	E	S	P	F	A	B	A	D	A
C	M	O	R	R	O	S	D	A	R	L	T	U	A
E	S	P	I	N	A	C	A	S	E	E	S	Ñ	U
I	E	R	B	O	N	I	T	O	N	N	I	H	S
T	I	J	H	O	D	E	P	U	Q	P	P	T	E
V	A	C	A	L	L	O	S	C	U	A	E	S	N
N	N	B	R	O	N	M	A	R	E	I	L	O	O
A	L	C	A	C	H	O	F	A	S	C	O	C	T
S	E	T	N	A	S	I	U	G	V	N	T	S	O
O	N	Y	T	O	M	A	T	E	S	P	A	E	C
U	T	O	P	I	M	I	E	N	T	O	S	R	O
C	O	B	A	R	D	A	E	D	E	L	O	F	L
S	E	N	O	L	L	I	J	E	M	S	C	E	E
E	S	P	A	R	R	A	G	O	S	O	J	R	M

SOLUCIONES

ENIGMA LOGICO

Hacendek, Saquetti, barcos ₳ 7.000.000.
Millotto, Cuervex, automóviles, ₳ 9.000.000.
Money, Hurtzov, acciones, ₳ 6.000.000.
Riquitti, Rapíñez, casas, ₳ 5.000.000.
Rupíez, Pillanky, alhajas, ₳ 8.000.0000.

SOPA A LA CARRERA

C	A	S	C	A	I	C	N	A	L	U	B	M	A
S	O	C	I	N	A	C	E	M	O	S	A	E	D
P	B	A	N	S	N	E	T	A	L	M	N	T	A
E	A	S	C	O	C	H	E	S	A	O	D	A	D
R	N	O	V	R	H	G	U	A	N	T	E	S	I
I	S	M	A	T	O	R	R	A	L	O	R	S	C
O	C	S	L	D	S	N	I	N	S	R	A	O	I
D	A	A	L	O	I	S	O	E	K	E	S	T	L
I	R	N	A	R	F	L	Ñ	M	M	S	U	O	B
S	G	U	S	Z	E	A	A	L	E	A	R	L	U
T	O	B	P	A	L	C	M	S	A	T	S	I	P
A	T	I	O	E	S	A	O	M	E	T	R	P	N
S	O	R	S	S	O	F	A	R	G	O	T	O	F
T	F	T	V	E	L	O	C	I	D	A	D	S	O